

titucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra, (\*) el tiempo demostrará si de esa manera es mas sólido que los que únicamente se apoyan en la voluntad de los pueblos.==  
Bayona 6 de noviembre de 1839.

(\*) El autor se equivoca groseramente, ó pretende engañar á los demas, cuando supone que el gobierno de Isabel II ha puesto el trono constitucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra. El trono constitucional de Isabel está protegido y sostenido por todos los buenos españoles amantes de su patria, y en haber aceptado ó solicitado el gobierno los auxilios de dos naciones aliadas, no ha hecho otra cosa que la que hace un particular que en caso de necesidad se vale de los recursos de sus amigos, sin ponerse por eso *bajo su proteccion*. En cuanto al exagerado *españolismo* de don Carlos está, lo mismo que su valor, en las palabras y no en las obras, y hay en él mucho de lo que vulgarmente se llama hacer de la necesidad virtud. Segun el autor, hubiera deseado que ninguna nacion suministrase cosa alguna á uno ni otro partido, pero ese deseo no le ha impedido admitir y solicitar los innumerables auxilios que clandestinamente se le han enviado de Francia, los que mas abiertamente ha recibido de su fiel amigo el rey de Cerdeña, y las considerables cantidades de dinero que se le han remitido por banqueros de Berlin. Por lo demas es fácil creer que mientras él recibia todos estos auxilios se hubiera alegrado de que los gobiernos francés é inglés no hubiesen dado ninguno á la causa de la Reina. Naturalmente esa seria la neutralidad que desease.

## CAPITULO I.

Para comprender bien el asunto que forma el objeto principal de este libro, es necesario recordar en pocas palabras cuál era la posicion de la causa carlista en las provincias del Norte el 25 de junio de 1838, en que se dió á Maroto el mando del ejercito. En aquella época las provincias enteras pertenecian á los carlistas, y los cristinos no poseían mas que San Sebastian, Bilbao, Vitoria, Pamplona, los pueblos fortificados de la Rivera, los de las orillas del Ebro, y el camino real de Irun á Hernani en Guipúzcoa, es decir, una distancia de tres leguas; y to-



dos estos pueblos se hallaban tan estrechamente bloqueados por los carlistas, que solo podian comunicar entre sí ó adquirir subsistencias por medio de fuertes columnas.

El ejército carlista se componia de 3000 infantes con muy buena organizacion y 1500 ginetes bien montados; habia bastante artilleria, abundaban las municiones, y se esperaba dinero de un momento á otro. Espartero tenia entonces á sus órdenes un ejército considerable, siendo imponentes su caballería y artillería, é inmenso el material que se habia reunido en Logroño y Puente-la-Reina, pues el gobierno de Madrid habia hecho los mayores esfuerzos para apoderarse de Estella. Aunque el general Guergué, comandante en jefe del ejército carlista, no poseia grandes talentos militares, habia sabido, si embargo, contener á las tropas cristinas, y á excepcion de Peñacerrada, los carlistas no perdieron una pulgada de terreno en todo el tiempo que conservó el mando en jefe, antes por lo contrario estendieron su dominacion hasta las puertas de Santander, tomaron á Nanclores, y obligaron á Espartero á evacuar á Balmaseda; y Tarragual, en las frecuentes escursiones que hizo al alto y bajo Aragon, desarmó á los guardias nacionales de los pueblos, y se apoderó de una gran cantidad de ganados.

Para formarse una idea del modo de pensar del pueblo en las provincias, y de los esfuerzos hechos por los cristinos para seducir á los vo-

luntarios de Guipúzcoa, bastará leer la carta siguiente, escrita por un observador imparcial.

Tolosa 8 de junio de 1838.

«Ayer visitó D. Carlos los fuertes y líneas de Andoain acompañándole el infante D. Sebastian, el teniente general D. Rafael Maroto, el ministro interino de la guerra, sus dos ayudantes de campo el general D. Fernando Zabala y el baron de los Valles, y otros dos personajes de su casa. El buen estado de las fortificaciones y el aspecto de las tropas causaron gran placer á D. Carlos, que manifestó públicamente su satisfaccion. Fué recibido por el ejército con el mayor entusiasmo entre los repetidos gritos de *viva el Rey!* *¡Viva nuestro padre!* *¡Mueran los cristinos!* y la poblacion de todos los pueblos comarcanos le rodeaba haciéndole conmovier con un recibimiento tan afectuoso. Ni el pueblo ni el ejército se han manifestado nunca tan decididos por su Rey, como en este momento. La tentativa de Muñagorri ha demostrado bien claramente los sentimientos que animan al pueblo; la anécdota siguiente probará los del ejército.

«Hace algunos dias que la guarnicion de Oyarzun envió un parlamento á D. Faustino Echeta, comandante del batallon 3.º de Guipúzcoa, que se halla en observacion en aquel punto, solicitando de él una conferencia, y habiendo convenido en ello Echeta, acudieron al punto señalado tres oficiales cristinos, y á po-



có rato Echeto con otros dos oficiales carlistas. Despues de los primeros cumplimientos, el gefe de los cristinos entabló la conversacion, poco mas ó menos, en estos términos: «Estoy persuadido de que vds. desean la paz con tanto ardor como nosotros, y que la aceptarían con gusto con tal que se les asegurasen sus fueros. ¿Qué nos importa que reine D. Carlos ó Isabel? Que los partidarios de la monarquía den á quien quieran el cetro de Castilla, nosotros debemos reunirnos alrededor del estandarte vascongado que son nuestros fueros y privilegios; abandonemos á Carlos y á Isabel, y combatamos contra todos los que intenten arrancarnos nuestros antiguos y venerandos derechos.» Echeto escuchó con paciencia al sagaz cristino, y cuando este hubo terminado le contestó: «Consiento con mucho gusto en fraternizar con vd., porque veo que sus sentimientos son los de un noble vascongado; pero necesitamos un gefe que nos conduzca á la victoria: ¿y quién mejor que D. Carlos? ¿No ha jurado esté príncipe conservarnos nuestros fueros y arrojar del trono á la reina Cristina que trata de quitarnoslos? Véngase vd. pues, al campo de D. Carlos, porque con él queremos vencer ó morir en defensa de lo mas sagrado que hay para nosotros en el mundo.»

Otra anecdota que me ha contado un inglés, cuya veracidad no puede ponerse en duda, presenta una nueva prueba en apoyo de lo que se asegura en la carta anterior.

«Hace pocos dias, me dijo, entré en una granja cerca de Goizueta, y encontré en ella dos viejos, tres mugeres jóvenes, cuyos maridos servían en las filas de D. Carlos, dos mugeres de edad, y una porcion de muchachos. Comí con ellos y la conversacion recayó naturalmente sobre las hazañas de los voluntarios, maridos de aquellas jóvenes. Todos manifestaron que deseaban mucho la paz, y se quejaron de las cargas que tienen que sufrir, pues el trabajo del dia apenas les basta para pagar las contribuciones, y las mugeres tienen que trabajar parte de la noche para vestir á sus maridos. Les pregunté si á trueque de obtener la paz consentirían en sacrificar á D. Carlos y reconocer á Isabel; pero nunca olvidaré el asombro que les causó esta pregunta, pues creo verdaderamente que si no hubiese ido en compañía de un amigo, me hubieran creído espía y tratado como á tal. Luego que pasó el primer momento de sorpresa me respondieron: «Los vascongados y navarros jamás consentirán en reconocer otro soberano que Carlos V, y para asegurar su triunfo consentiremos en sacrificar cuanto tenemos. Y si mi marido abandonase la causa que defiende, añadió una de las mozas, no sería ya nada para mí, y le perseguiría yo hasta el cabo del mundo para entregarle á aquellos á quienes habia abandonado.» (\*) Tales son los sentimientos de los

(\*) Sin atrevernos á negar la verdad de esta anecdota.



vascongados y navarros, y en las ciudades no es el entusiasmo menor que en las poblaciones rurales. He acompañado á D. Carlos de Tolosa á Villafranca, y en todo el camino he oido constantemente los gritos de *viva el Rey! viva nuestro padre!* En Alegría fué recibido con repique de campanas, las fachadas de las casas estaban cubiertas de colgaduras, el ayuntamiento y el clero salieron á recibirle, los balcones estaban llenos de señoras, y en toda la carrera no se oía otra cosa que los grrios de *viva el Rey*. Lo mismo sucedió en Villafranca y en todos los pueblos del camino.

Es muy digno de notarse, que á pesar del deplorable estado en que volvió el ejército carlista de su desgraciada expedicion á las puertas de Madrid, indisciplinado, desnudo y sin dinero, y á pesar de que algunos de sus gefes fueron arrestados y procesados, el entusiasmo era tal, que á las órdenes de Guergué, y en presencia de un enemigo victorioso que podia destrozarnos, los carlistas volvieron á adquirir en muy poco tiempo una aclitud imponente, y no solo impidieron que Espartero avanzase, sino que aun tomaron la ofensiva contra él.

---

ta, diremos que solo prueba una cosa sabida de todos, cual es que los fautores de D. Carlos supieron inspirar á muchas de aquellas gentes sencillas un grande entusiasmo, hijo principalmente del fanatismo religioso; mas el resultado final de la guerra ha manifestado bien cuáles eran los sentimientos de las masas,

En los meses de abril y mayo de 1838 se hicieron grandes esfuerzos con D. Carlos por algunos generales no empleados y por el baron de los Valles, para que llamase á Maroto y le pudiese á la cabeza del ejército, pero todos fueron inútiles. Un dia que estaba D. Carlos en Lezaun, cerca de Estella, Villavicencio, el baron de los Valles, y el P. Gil, que habia venido espresamente de Loyola par dar este paso, se presentaron á D. Carlos para demostrarle la necesidad de poner al frente del ejército un hombre de caracter firme, y le dijeron que no habia ninguno que conviniese mejor que Maroto. No habiendo respondido D. Carlos con una negativa absoluta, el baron de los Valles escribió á Maroto en nombre del mismo D. Carlos, mandándole que inmediatamente volviere á las provincias y prometiéndole el mando del ejército y la facultad de elegir un nuevo ministerio. Esta carta se envió á Maroto por conducto de M. Alzine, de Perpiñan, uno de los agentes carlistas.

El 31 de mayo pasó Maroto la frontera y se dirigió inmediatamente al cuartel real, que entonces se hallaba en Tolosa; y la admiracion de los ministros y demas empleados civiles y militares fué indecible, pues nadie creía que D. Carlos tuviese intencion de darle el mando del ejército.

El 15 de junio salió D. Carlos de Tolosa para Elorrio, sin haber dicho á Maroto cosa alguna que pudiera hacerle creer que pensaba en



darle el mando del ejército, y lo que es mas, sin darle noticia de su marcha, ni orden para que le siguiese. Esta conducta irritó á Maroto hasta tal punto que resolvió volverse á Francia, y en una conversacion que tuvo el mismo 15 de junio por la noche con un estrangero, en Tolosa, se espresó así:

«La conducta del Rey conmigo es indigna. Enviarme á buscar á Bardeos para ponerme á la cabeza del ejército, y al cabo de tres semanas que estoy aquí no haberme consultado una sola vez, ni haberme dicho nada que pueda hacerme creer que quiere emplearme, eso es infame. Así, yo estoy decidido, y mañana me vuelvo á Francia. ¡Ojalá no hubiera venido! Ya es esta la segunda vez que el Rey me insulta, siendo así que si me hubiese dado el mando del ejército, estoy completamente seguro de que le hubiera colocado en el trono de sus mayores. Conozco mejor que nadie el estado del ejército, y sé que nunca ha habido una causa que tenga mas probabilidades de triunfo: todos los puntos vulnerables de las provincias están fortificados, tenemos mucha artillería, el pueblo está firmemente adicto á D. Carlos, y el ejército cristino completamente desmoralizado. Con tales elementos, yo estaba seguro de triunfar, pero no me quieren, me insultan, y como yo no soy hombre que me deje tratar así, me vuelvo á Francia.»

De esta conversacion resultan dos hechos importantes; uno que Maroto se consideraba insul-

tado por D. Carlos, y el otro, el juicio que el mismo Maroto formaba acerca del próspero estado de la causa carlista, y de las probabilidades de un próximo triunfo. Maroto jamás ha perdonado ni olvidado una injuria; todo le ha parecido licito para satisfacer su sed de venganza, y además de haber entregado al enemigo las provincias que habia jurado defender, quiso urdir una trama diabólica para entregar en manos de los cristinos al soberano por quien debia combatir.

Hallábase Maroto en Elorrio, cuando el desgraciado suceso de Peñacerrada, que ocurrió el 22 de junio, obligó á D. Carlos á quitar el mando del ejército al general Guergué; los amigos de Maroto sitiaron á D. Carlos y á fuerza de promesas le arrancaron el nombramiento de aquel general para el importante puesto de jefe del ejército.

Maroto tomó el mando el 25 de junio, y el 29 pasó á las inmediaciones de Estella para vigilar los movimientos de Espartero, y fué recibido del modo mas lisonjero por el ejército entre las voces de *¡viva el Rey!* *¡viva el general Maroto!*

Al ponerse á la cabeza de las tropas, publicó Maroto la siguiente proclama, en la cual se ve, leyéndola con atencion, que su autor fingiendo que invita á los soldados á mostrarse dignos del inmortal Zumalacarrégui, introduce diestramente algunas insinuaciones acerca de tenta-



tivas de seducción de parte de los cristinos, y acerca de la paz, de la conservación de los fueros, etc. Todo esto, unido á los actos subsecuentes demuestra hasta la evidencia que Maroto vino á las provincias con la intencion decidida de vender á D. Carlos para satisfacer su venganza personal.

### PROCLAMA.

Voluntarios: el Rey, mi señor, se ha dignado confiarme el mando de su valiente ejército, y yo le he aceptado con confianza, animado por el recuerdo del valor que siempre habeis mostrado al frente del enemigo. Con vosotros recogió el inmortal Zumalacarregui los laureles inmarcesibles que adornan su frente, y á vosotros debió sus mas brillantes victorias. Al recordaros las virtudes de aquel héroe, estoy firmemente convencido de que hareis ver al mundo entero que no habeis olvidado ni los gloriosos ejemplos que os dejó, ni los prudentes consejos que de él recibisteis, y que todos seguireis religiosamente el sendero del honor y del deber que os trazó desde su lecho de muerte.

«Yo quiero imitar á aquel valiente guerrero, y siempre en medio de vosotros, como él estaba, me vereis el primero en el puesto del honor y del peligro. Mas para vencer son indispensables la mas estricta obediencia, y la mas severa disciplina; asi, espero de vosotros la puntual ejecucion de las órdenes de vuestros gefes.

Cada cual será responsable de la mas ligera falta contra la disciplina pues seré inexorable en el castigo de todo lo que propenda á alterarla.

«El Rey y nuestra santa religion son los sagrados objetos cuya defensa se nos ha confiado. ¿No deberemos sacrificarlo todo por tan noble fin? Si los enemigos tratan de sembrar entre vosotros la desunion y la discordia, probadles con la lealtad de vuestra conducta que sus intrigas no encontrarán acogida en vuestras filas, porque las pasiones viles y bajas no encuentran eco en los apasionados corazones de los valientes realistas que se han armado para defender la mas justa de todas las causas.

«Observad la conducta de vuestros enemigos; el asesinato de vuestras mugeres é hijos, el incendio y saqueo de vuestras casas y logares, tan pronto como consiguen cualquiera ventaja. La esperiencia de lo pasado os enseña lo que podeis esperar de ellos, y la fe que podeis dar á las promesas de sus agentes; tratadles, pues, con el desprecio que merecen. La paz que os ofrecen, la conservación de vuestros fueros, son otros tantos cebos engañosos que os presentan para seduciros, ó para adormeceros en una peligrosa inaccion. Creed en sus promesas, y en breve la devastacion de vuestras provincias, y el asesinato de todos cuantos amais, vendrán á sacaros, aunque demasiado tarde, de vuestra peligrosa seguridad, pues han jurado la muerte de todos vosotros sobre la ruina de vuestros pueblos reducidos á cenizas.



¡Odió eterno á tales mónstruos! ¡Pelead con vuestro valor acostumbrado, y quedad vencedores ó morid como héroes en el campo del honor!»

Cuartel general de Estella 28 de junio de 1838.

*Rafael Maroto.*

Nunca hubo general alguno mas feliz que Maroto. Poco despues de haber tomado el mando, ingresaron en el tesoro cantidades considerables. Cabrera obtuvo grandes victorias en Aragon, tales como la desastrosa retirada de Oráa y la destruccion de la division de Pardiñas; en fin, todo se reunía para favorecerle. Maroto por su parte, no perdía ninguna ocasion de hacerse popular en el ejército, y estaba tan convencido del buen efecto que las importantes ventajas obtenidas en Aragon debian producir en sus soldados, que publicó la siguiente orden del dia.

«Ejército real vasco-navarro. = Cuartel general de Morentin 29 de agosto de 1838. = Orden del dia.

«Las noticias que ha recibido el gobierno del Rey relativas á los sucesos de Morella, confirman la retirada forzada del enemigo. Dos asaltos infructuosos dados en los dias 16 y 17, le han hecho perder en la brecha de 600 á 700 hombres. Oráa, careciendo de víveres, y ostigado continuamente por el general Cabrera, ha tenido que levantar el sitio despues de haber perdido 4000 hombres entre muertos, heridos y enfer-

mos, y ha ido á ocultar la vergüenza de su derrota, lejos de una plaza que habia jurado reducir á cenizas. Asi se han desvanecido los impotentes esfuerzos de la revolucion.

«Este ha sido un dia mas de gloria para las armas del Rey, que merece toda nuestra admiracion.

«Espartero teme levantar el velo que le cubre, y entre tanto nos amenaza todavia con la ocupacion de Estella; pero la enormidad de sus preparativos nos descubre sus temores, su indecision, y el juicio que forma de lo imponente de nuestras faerzas; y la desercion, que cada dia es mayor en sus filas nos hace ver el desaliento de sus soldados.

«El Dios de los ejércitos protegerá la causa del mejor de los reyes. Una obligacion sagrada nos impone el deber de vencer ó morir, y el ejército vasco-navarro no cederá en nada al de Aragon.»

Asi lo espera vuestro gefe de estado mayor general.

*Rafael Maroto.*

Despues de los inmensos preparativos hechos por Espartero para apoderarse de Estella, su retirada sin haber disparado un fusil aumentó mucho la popularidad de Maroto, y al mismo tiempo probó hasta la evidencia á que punto habia llegado el entusiasmo del pueblo y del ejército en favor de D. Carlos. ¿Qué razones pue-



de alegar Maroto para hacer creer que en el corto espacio de un año hallase, como el mismo dice, en la indiferencia del pueblo y del ejército hácia aquel príncipe una justificación de su conducta? Voy á seguir los actos de este general hasta el momento en que se pasó á los cristinos, y se le verá constantemente emplear el mismo lenguaje que usó en su famosa proclama de 28 de junio citada.

El 7 de julio dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

«Voluntarios: ensoberbecido el enemigo con las ventajas que ha conseguido últimamente, se prepara á atacarnos; marcha hácia Estella, despues de haber organizado una diversion sobre nuestras líneas, espera encontrarnos abatidos y se promete vencernos fácilmente; probémosle que se engaña. Acordaos de que en todos los combates, aunque inferiores en número, siempre habeis sido vencedores; recordad las gloriosas jornadas de Asarta, Alzazua, Artasa y Gulina, las batallas de Descarga, de Arguijas, de las Rocas de San Fausto, de las llanuras de Vitoria, de la que se dió en las alturas de esta ciudad, y otras muchas no menos brillantes.

«El enemigo no ha olvidado la manera con que le recibisteis en Arrigorriaga. Espartero, á pesar de sus veinte batallones y de la legion inglesa, hubiera visto destruido su ejército, á no haber sido por una circunstancia imprevista que se opuso á nuestro completo triunfo, y sin em-

bargo, tuvo necesidad de buscar amparo detras de los muros de Bilbao.

«Obedeced mis órdenes, tened confianza en vosotros mismos, y el triunfo es seguro; presentaos, pues, con valor al enemigo. Por experiencia sabeis la suerte que os espera, á vosotros, y á vuestras mugeres, madres é hijos; todos seréis sacrificados, quemarán vuestras casas y destruirán vuestras cosechas; ya sabeis que el enemigo está sediento de vuestra sangre, y no se satisfará sino con la muerte de todos vosotros. El que muere huyendo á la vista del enemigo es un cobarde; los que teman salgan de nuestras filas, pues no queremos con nosotros sino valientes. Confíad en vuestro general, y sed vencedores, ó morid en el campo del honor.»

*Rafael Maroto.*

El 7 de setiembre publicó la siguiente orden del dia.

«Espartero, despues de habernos amenazado varias veces se ha decidido por fin á avanzar. Voluntarios: el Rey N. S. ha puesto en vosotros todas sus esperanzas, y no quedará engada su confianza; sobrepujad, si es posible, al heroico ejército de Aragon, que conducido por el valiente Cabrera acaba de derrotar al ejército de Oráa, que se atrevió á emprender el sitio de Morella.

«Voluntarios: que la usurpacion reciba el